

tual y estéticamente— "comix underground" originado en USA a mediados de los sesenta. Frente al dibujo descuidado o el feísmo deliberado del "comix" contracultural, los franceses optan por todo lo contrario: una minuciosidad extrema, un barroquismo grandioso, el uso ocasional del color. El triunfo de la fantasía. En la temática, Los Humanoides abren las puertas de monstruosos universos futuros y aterradores universos arcaicos; el comentario agrio sobre la sociedad del presente ha dejado paso a la irónica reflexión sobre la naturaleza humana. Mientras que en el "comix underground" las historias más experimentales tenían su origen en la experiencia psicodélica, en "Metal Hurlant" nos reencontramos con la ciencia-ficción y los mundos brumosos de "espadas y brujería" como puntos de referencia.

Hay que advertir que "Totem" —ya hay tres números publicados— no es la versión espa-



ñola de "Metal Hurlant". De hecho, tampoco responde a su subtítulo de "Revista del nuevo comix". "Totem" contiene abundante material procedente de "Metal Hurlant", pero al lado aparecen historietas tan desfasadas como el "Kendall", de Arturo del Castillo, y páginas de humor un tanto vetusto. Abundan estos contrastes; junto al "Valentina", de Guido Crepax —cuyo erotismo imposibilitó su publicación en castellano en los años en que realmente era una novedad—, están las inquietantes aventuras a todo color de "Arzach", un personaje mudo de Moebius que cabalga sobre un pterodáctilo; junto al maniqueo "Corto Maltes", de Hugo Pratt, encontramos las siniestras andanzas de "Los ejércitos del conquistador", de J. P. Dionnet. Estas incongruencias también se notan en los editoriales y en las

respuestas a las cartas de los lectores, de un tono extrañamente paternalista e ingenuo tratándose de una revista "para adultos".

De cualquier modo, con todos sus vicios y vacilaciones, "Totem" es una revista única en el panorama español y representa otro paso más hacia la normalización en todas las manifestaciones artísticas. Una revista que vale la pena coleccionar: los números atrasados se pueden conseguir en librerías especializadas o enviando cien pesetas en sellos a Editorial Nueva Frontera, avenida del Generalísimo, 74, Madrid (16). ■ DIEGO A. MANRIQUE.

ARTE

Steinberg: una línea, una sonrisa

Saul Steinberg es ese interesantísimo humorista gráfico de las publicaciones norteamericanas, al cual, desde hace algún tiempo, la galería Maeght ha elevado a la condición de pintor. ¿Eleva digo? ¿Se puede "elevar" a nadie desde la condición de poeta del humor a cualquier otra dedicación? De todas maneras, ha hecho bien la Maeght en patentizar con su actitud que Steinberg, además de humorista, también es pintor y que no se le puede ni se le debe olvidar esa faceta de su estilo. Si procediéramos al revés, no buscando la pintura desde el humorismo, sino tratando de encontrar el humorismo de cierta pintura, evidentemente encontraríamos también muchos maestros de ese difícil arte de la sonrisa (en "Los caprichos", de Goya, por ejemplo —"Dios la ampare, y era su madre"; "Bien tirada está", etc.). En la serie gráfica de Picasso sobre el pintor y la modelo, también por ejemplo, cuando el pintor ríe de sí mismo y se menosprecia a sí mismo, cuando considera lo ridículo de su actitud pictoricista, en comparación con la gloria maravillosa de la hembra desnuda que está allí mismo...

A mí me parece muy bien reivindicar al pintor que hay en Steinberg, pero a condición de que siempre tengamos en cuenta que en el pintor Steinberg hay



"Côte d'azur": dibujo a tinta de Saul Steinberg, 1958.

siempre un humorista. Siempre. Es más, yo diría que ambas potencias, la del humor y la de la pintura, están en él indisolublemente entrelazadas, sin que sea posible desligarlas.

Prohibida la carcajada

No es una frase lo que estoy diciendo. Es que..., ¿cómo lo diría? Es que en Steinberg lo que hace humor es precisamente su pictoricismo. Trataré de explicarme. Steinberg no hace "chistes". No es que los menosprecie; es que sus búsquedas van por otro lado. Steinberg encuentra el humor antes de llegar al chiste. Y lo encuentra en la textura morfológica del dibujo que debe ser previo al chiste mismo. El artista debe divertirse mucho —debe pasárselo muy bien en la realización material de su trabajo—. Yo creo que nunca puede llegar —nunca puede alcanzar— la realización plena del trabajo que constituye el proyecto previo de todo dibujo —o todo cuadro— emprendido. Siempre es detenido —siempre es "divertido"— por el azar humoroso que le sale al paso en la mecánica de la propia realización. De pronto es una línea que él decide continuar y prolongar dentro de una lógica que no puede ser más que la del absurdo, pero que, por ello mismo, por contradictoria, es divertida. O puede no ser una línea: puede ser incluso una mancha directamente pictórica que el autor utiliza, siempre con la sonrisa a flor de piel. O pueden ser otras cosas: puede ser un elenco de caligrafías con firmas irónicas de esas que hacen los hombres importantes... o simplemente sellos ya estampados... Pero siempre con humor.

Se ruega una sonrisa

Hay un aspecto del humor de Steinberg que hay que tener siempre en cuenta en él, porque es capital en su obra: la ironía con la imagen tónica de cierto diseño mediocre. El sabe, como nadie, utilizar la mediocridad, el

diseño tónico de dibujantes ocasionales o tónicos —esos perfiles humanos que siempre resultan brutales a fuerza de carecer de sutilezas— y sabe darles muy bien la vuelta para que el espectador sepa el terreno que pisa e inicie la sonrisa.

La sonrisa: porque la potencia de Steinberg está precisamente en ella, en la sonrisa. Nunca transigirá con la carcajada este hombre que nació en Rumania en 1914, cerca de Bucarest, y que emigró a los Estados Unidos en 1942. Sí: lo peculiar de él es el humor. Pero es un humor desprendido de su potencia pictoricista. El no hace "chistes" —o no los hace casi nunca, de esos normales, en los cuales la situación cómica se desprende de un argumento cómico. La comicidad —diré mejor: el humor de Steinberg— hay que desprenderla de la materia misma de su realización gráfica o pictórica. Lo que sonríe en él —lo que hace sonreír— es la línea o la mancha de su dibujo o de su cuadro. Steinberg no marcha camino del humor desde su dibujo; Steinberg espera que a su dibujo llegue el humor. Y llega siempre.

Por eso es por lo que digo que, en ese artista, el humor y la creación pictórica están indisolublemente ligados. Son una misma cosa. ■ JOSÉ MARIA MORENO GALVAN.

Hernández Carpe

Galería Felipe Santullano. Madrid.

"Ingeniuismo racionalizado" llama mi paisano Manolo García Viñó a la manera que tiene Antonio Hernández Carpe de enfrentarse con la realidad de la pintura. ¿Ingeniuismo racionalizado? Bueno, sí, está bien; porque no cabe duda de que en ese pintor murciano hay muchos aportes —o muchas supervivencias— de un ruralismo de origen que, sin embargo, están ya muy dominados por su conciencia pictóri-